

Vida y andanzas del Coronel D. Cristóbal de Villalba

(Plasencia 1475 = Estella 1516)

*Al ilustre académico de la Historia Sr. Conde de Rodezno, el espíritu de cuyo estudio «Austrias y Albrets ante la incorporación de Navarra a Castilla», he pretendido que inspire este trabajo*_____

Existen a lo largo de la historia sucesos y personajes cuyo estudio imparcial viene dificultado por el apasionamiento con que los han tratado historiadores y cronistas. Que tal apasionamiento pueda producirse en los momentos inmediatos a la aparición del personaje o la ocurrencia del suceso, es cosa bastante explicable, pero lo que no puede ser ni explicable ni admisible es que, transcurridos varios siglos y cuando el tiempo facilita la necesaria perspectiva histórica, se siga opinando con parcialidad.

Ni los franceses, aunque rindan tributo de admiración a Vercingétorix, héroe nacional frente a Roma, reniega de su latinidad, ni los ingleses, porque lo hagan a su rey sajón Haroldo, muerto heroicamente en la batalla de Hastings, dejan de considerar la conquista normanda como el comienzo de su plena nacionalidad. Lo mismo que el chileno actual, aunque orgulloso de su ascendencia araucana y ensalzando el recuerdo de Caupolicán, se precia de ser miembro de la gran comunidad hispana, e

incluso el sudafricano descendiente de los boers constituye uno de los más firmes pilares del edificio de la British Commonwealth.

Siendo España la provincia que más tiempo costó dominar a las legiones romanas, la que opuso una resistencia más tenaz a su incorporación al Imperio, vemos que pronto pasa a contribuir intensamente al esplendor de ese mismo Imperio Romano, enviándole «no sus tributos, sino sus Emperadores» (1). No fueron entonces los Bascunes los que menos se opusieron a la influencia romana, pero siglos más tarde, cuando las fronteras del Imperio peligran ante las oleadas germánicas que llegan en su empuje hasta el límite de nuestra provincia, («directoque ímpetu usque ad Pyrenaeum perveniunt») (2) son dos nobles navarro-romanos, Didiymo y Veriniano, quienes, con un ejército de colonos y campesinos navarros, consiguen detener durante dos años el avance de estos bárbaros en los pasos de las montañas (3), haciéndose acreedores a la epístola laudatoria que el Emperador Honorio dirigió a la milicia urbana pampilonense (4). Tan intensa había sido la romanización.

Más tarde, el mosaico político de la Edad Media española se funde, al alborar la Moderna, en una gran unidad nacional, gracias a los «ideales colectivos unificadores» (5) que palpitaban al unísono en cada uno de los diferentes reinos peninsulares. Navarra ocupó ce nuevo su puesto en la unidad geográfico-histórica española y contribuyó con figuras señeras a las grandes empresas imperiales. La conquista y evangelización del Nuevo Mundo y la defensa de la Cristiandad contra sus enemigos externos e internos, se llevaron a cabo con la colaboración de insignes navarros que, en América (6) y Trento (7), realizaron labor de hispanidad.

Y sin embargo, a los cuatro siglos y medio de ocurrido el hecho, plenamente integrada Navarra en la patria común española, no se opina con la necesaria ecuanimidad sobre su incorporación a Castilla, y mientras algunos historiadores navarros arremeten contra ella, otros, que no lo son, vituperan injustamente la memoria de los personajes que intervinieron en los sucesos (8).

La suerte del pequeño reino navarro estaba echada desde el momento en que fué totalmente rodeado por sus poderosos vecinos, Aragón y Castilla, perdiendo toda posibilidad expansiva a

costa de los moros (9). El dogal, cada vez más estrecho, que le asfixiaba, quedó cerrado y, desde el otro lado del Pirineo, Francia hacía lo que podía por disputar esa presa a las monarquías peninsulares. El «utrínque roditur» que adoptó por mote el Príncipe de Viana, lo mismo puede referirse a las luchas internas entre agramonteses y beaumonteses, que a la amenazadora situación internacional. Y como no hay fuerza capaz de oponerse al imperativo geopolítico, los corpulentos mastines que gruñían, enseñándose los dientes, en torno del codiciado hueso navarro, habían de acabar por devorarlo.

Era natural que, en una época de formación de nacionalidades homogéneas en toda Europa, de concreción política peninsular, al despuntar la Edad Moderna, Navarra estuviese llamada a desaparecer como reino independiente, incorporándose con todo el caudal de su tradición a la naciente personalidad de la gran patria común: de España. Sin embargo, tal unión no se verificó de grado y fué preciso que las tropas del Duque de Alba conquistasen el reino (10), apoyándose en las querellas intestinas que desgarraban su menguado territorio y en las sutilezas más casuísticas que pudo imaginar la desaprensiva sagacidad de Fernando el Católico, el más habil diplomático de su tiempo (11).

En esta empresa de la conquista de Navarra y en la de su conservación, oponiéndose a los repetidos intentos que para recuperarlo llevó a cabo su desposeído rey, tomó parte muy principal el Coronel D. Cristóbal de Villalba, quien, no intentando averiguar la mayor o menor razón que asistiera a su señor, se limitó a servirle, sin profundizar sobre bulas, unión «aeque principaliter» y otros argumentos, más propios de sesudos teólogos que de un esforzado capitán.

Personaje poco conocido de aquella portentosa generación de soldados de fortuna del siglo XVI español, encumbrado por sus propios méritos al desempeño de altos cargos, no ha sido juzgado con imparcialidad. Su intervención en la conquista de Navarra y la ejecución de las órdenes de Cisneros relativas a la demolición de fortalezas en este Reino, le granjearon una impopularidad que no cede a la que disfrutó en Flandes, por parecidos motivos, el Duque de Alba. Ensalzado—quizá exageradamente—en Plasencia (12), donde nació: vilipendiado —a veces tendenciosamente— en Navarra, Villalba no tuvo la ejemplaridad que

pretenden sus cronistas extremeños, pero tampoco fué el monstruo de maldad que nos presentan analistas y literatos navarros de toda época (13). Fué un hombre: simplemente un hombre, que descolló por su disciplinada valía, con todos los defectos y todas las virtudes del militar profesional de su tiempo, y hasta su misma muerte —en la que quiso verse la mano de la Providencia, cuando nó el veneno— fué humana y prosáica, ocasionada por un desmedido hartazgo de pavo.

Compulsando del modo más objetivo posible las fuentes contemporáneas y modernas de opuestas tendencias, intentaremos estudiar su discutida figura, esbozando los rasgos más salientes de su vida y andanzas.

II

SUS PRIMEROS AÑOS



D. Cristóbal (14) de Villalba y González nació en Plasencia, Cáceres, el año de 1475, uno después de haber sido proclamados reyes de Castilla D.^a Isabel y D. Fernando, a cuya magna empresa de lograr la unidad hispánica había de contribuir eficazmente. Aunque de familia hidalga, no debía de gozar la suya de posición muy desahogada, cuando se le llama «hidalgo pobre; de gentil disposición, muy suelto y mañoso» (15) y sabemos que durante sus primeros años no tuvo «el regalo con que los hijos de los nobles suelen criarse en sus tierras» (16).

Fueron sus padres Juan de Villalba e Isabel González, quienes tenían ya dos hijos, Juan y Hernando —que habían de disfrutar prebendas eclesiásticas— y todavía tuvieron otra, Doña Beatriz, casada con un D. Alvaro de Carvajal (17).

Su infancia y adolescencia transcurrieron en medio de las revueltas señoriales y luchas banderizas que por aquel entonces desgarraban a Extremadura. Los Duques de Plasencia tiranizaban a la población; ésta pretendía sacudir su yugo haciéndose realenga, y los Reyes Católicos —que alentaban tales aspiraciones— contaban con el apoyo de las antiguas y linajudas familias placentinas (18). Villalba admiraría sin duda las hercúleas hazañas de aquellos dos esforzados e irreconciliables primos, Hernando y Alonso de Monroy, llamados el Bezudo y el Clavero, respectivamente; el primero por sus labios gruesos, y por serlo de la Orden de Alcántara el segundo (19). Envidiaría las ocasiones de lucimiento que tales contiendas brindaban al valor personal y cuando, ya en edad de llevarlas a cabo, no le fué posible realizarlas en su tierra, por el mayor apaciguamiento impuesto por los monarcas, hubo de buscarse nuevos campos de acción. Contando justamente veinte años, en 1495, decidió abandonar Plasencia y enrolarse como soldado en los tercios que combatían en Italia (20). Hubo de vencer la resistencia familiar y, montado en un caballo que cogió a su padre, abandonó su ciudad, dirigiéndose a Toledo en donde se alistó en la compañía del capitán Benavides. Por el camino le acaeció una aventura que nos muestra ya lo que ha de dar de sí el joven Cristóbal. Topóse con dos rústicos que fieramente peleaban y a los que intentó separar con sus razonamientos, pero como no solo no lo consiguiese, sino que entrambos se revolviesen contra el intruso, pasó de persuasivo a combatiente y «se dió tan buena maña con su ánimo y destreza que, sin que lo pudieran herir, derrocó a uno dellos de una cuchillada que le dió en una pierna y al otro casi mató de otro golpe que le dió en la cabeza» (21).

Partió de Toledo con la tropa de Benavides, trasladándose a Barcelona y haciendo desde allí rumbo a Italia, para ponerse bajo las banderas de Gonzalo Fernández de Córdoba.

III

CAMPAÑAS DE ITALIA



Otra aventura, de carácter más romántico, parece que le sucedió en Génova, en donde hizo escala, proporcionándole su actuación la suma de 200 coronas que empleó en equiparse como cumplía en armas y vestuario. Marchó luego con su compañía, a Mesina, en Sicilia, y de allí saltó pronto a Calabria, en donde empezó la serie de sus brillantes hechos de armas. Los sitios y combates de Esquilache, Simari, Cotrón, Nicastro y

Terranova le proporcionaron ocasión de dar a conocer sus «fuerzas, valor y destreza en armas», mientras que en el asalto de Seminara tuvo ocasión de distinguirse salvando la vida —con grave riesgo de la suya— al Capitán Peñalosa. Por todo ello, llegó pronto a oídos del Gran Capitán el nombre de Villalba, haciendo mucha estima del bisoño soldado que tan bravamente se portaba, mientras que todos los demás capitanes se disputaban el tenerlo en sus compañías, llegando a ofrecerle especiales y ventajosas primas de enganche (22). Magnífica hubo de ser la conducta de Cristóbal para lograr sobresalir tan pronto entre aquellos avezados veteranos curtidos en cien campañas.

Pactadas treguas en aquella para la que se había alistado, pasó Villalba a Roma y no hubieron de faltarle en la Ciudad Eterna desafíos y pendencias en que ocupar sus belicosas aficiones. En cierta ocasión fué repentinamente asaltado por dos espadachines que intentaron asesinarle, pero su reacción fué tan eficaz que, muerto el uno, solo gracias a la ligereza de sus piernas consiguió el otro librarse de correr la misma suerte (23). A

consecuencia de este lance fué Villalba metido en prisión y condenado injustamente a la última pena, y si consiguió eludir su ejecución, fué gracias a un ardid no muy escrupuloso, pero cuya realización exigía buena dosis de serenidad y la «extraña disimulación» que admira un cronista (24). Presentóse en su celda de condenado, para confortarle con los últimos sacramentos, un fraile franciscano y Villalba, cuidando más de la salud del cuerpo que de la del alma, lo estranguló con una liga, y revistiéndose su hábito, pasó tranquilamente por entre carceleros y verdugos afirmando que «ya quedaba listo el español». Como medio de evitar nuevas y desagradables contingencias, Villalba abandonó a toda prisa la ciudad, buscando refugio en territorio dependiente de la familia Orsini, pero enterado el Papa Alejandro VI del injusto rigor con que se le había sentenciado, y admirando César Borgia la astuta estratagema de la evasión, le enviaron salvoconductos especiales, provisto de los cuales regresó a Roma, aclarándose lo ocurrido y quedando agregado al servicio de la Corte Pontificia. Reanudó su azarosa existencia y en un solo día mantuvo tres duelos sucesivos, de los que salió victorioso (25). Peleó en primer lugar contra un español y luego, enzarzado en fuerte polémica con un capitán esguízaro (suizo), como éste hablara mal del Rey Fernando, Villalba le desafió y al no ser aceptado su reto pretextando la diferencia de grados, César Borgia, allí presente, le nombró Capitán, con lo cual pudo ya medirse con el suizo de igual a igual (26), logrando decapitarlo de un tremendo mandoble; y a pesar de sus numerosas heridas, no quiso dejar impunes las burlas de otro capitán corso, que asistía al duelo, y que pagó con la vida su atrevimiento. Esta triple victoria aumentó la estimación en que le tenía César Borgia, quien le curó en su propio palacio, teniéndolo como servidor, amigo y consejero de gran valimiento en todas sus empresas guerreras, puesto que el bizarro Capitán unía a su esforzado ánimo una «singular prudencia e industria en todas las cosas necesarias, así para plantar la artillería, reconocer una muralla por donde se había de dar la batería y saber el cómo y el cuándo se había de arremeter y dar el assalto conforme a la disciplina y orden de la guerra, que ninguno le hacía ventaja» (27).

Bajo las banderas de César, tomó parte en numerosas acciones de guerra contra los franceses, señaladamente en la de-

fensa que las tropas pontificias hicieron de Monteflascón. Pero cansado de una vida tan accidentada como estéril, y añorando a sus antiguos compañeros de armas, pronto se reincorporó Villalba a los Tercios de Gonzalo de Córdoba. Lo primero que hizo al alistarse de nuevo, en las filas españolas, fué presentar a su general la cabeza del capitán Juan Alonso de Alvarado, que, habiendo desertado a los franceses, les suministraba datos preciosos con gran entorpecimiento de los planes del Gran Capitán. En la gloriosa jornada de Ceriñola su valor rayó a tal altura que mereció, de parte de Gonzalo, el ser nombrado Capitán de Infantería, ya que el mismo grado, concedido por César, no tenía validez más que para las tropas pontificias. Convertido en flamante Capitán, tomó por asalto la plaza de Monteleone, cuyos habitantes se negaron a abrirle las puertas cuando se dirigía a Tripalda; «De lo cual muy enojado el Capitán Villalba cometió el hecho a las armas, pues por bien no pudo alcanzar nada». En las inmediaciones de Santángelo rescató un importante rebaño del que se habían apoderado los franceses, infligiendo graves pérdidas a la tropa que lo escoltaba y encargado de la defensa de Rocasina, hizo frente al poderoso ejército del Marqués de Mantua que la sitiaba, y que —ante la resistencia de la plaza— hubo de levantar el cerco. Consideraba Villalba como un insulto toda propuesta de rendición, aún en los trances más apurados, y habiéndosele piesentado con tal pretensión un heraldo del de Mantua, mandó ahorcarlo de un olivo, colgando la trompeta de su cuello como explicación de tan enérgica medida (28). La fama del Capitán Villalba aumentaba cada día. Su actuación en el sitio de Adverse —donde mató al capitán francés que defendía el foso— en Rosano, cerca de donde logró apoderarse de una gran punta de ganado y en cuyas grutas tomó parte en una atrevida acción, en Rubo y en Canosa, en Gaeta y Barleta, fué digna de su historial. Demostró además gran capacidad para mandos superiores cuando, a consecuencia de una herida de su paisano, el Hércules extremeño García de Paredes, hubo de quedar al frente de la tropa; y su actuación culminó en el Garellano en donde contribuyó eficazmente, con su compañía, a la derrota sufrida por el sitiador de Rocasina, Marqués de Mantua.



Gonzalo ya de la mayor confianza del Gran Capitán, pasó a la arriesgada empresa de la isla de Cefalonia, que se pretendía rescatar del poder de los turcos. Acompañó en ella al citado García de Paredes y a los capitanes Zamudio y Pizarro (29) y durante el asedio, demostró dominar por igual los secretos de la poliorcética que la táctica militar en campo raso. Tan hazañosos hechos no tardaron en llegar a oídos del monarca, quien, retirado durante su viudez en sus estados italianos, quiso premiar los valiosos servicios de Villalba, nombrándole Coronel de algunas compañías de veteranos, a la par que le hacía merced de un hábito de Santiago. Con su nueva graduación acompañó al Rey durante sus viajes, residiendo a su lado en Nápoles y consiguió que el regio favor se extendiese a su familia, siendo designado para Obispo de Calahorra su hermano D. Juan, que a la sazón era Chantre de Plasencia. Y habiendo conquistado en tan pocos años fama, riquezas y honores, fué ahora, a su regreso de Italia cuando contrajo matrimonio con Doña Estefanía de Trejo, emparentada con Trejos y Carvajales, familias celebérrimas en la historia de Plasencia (30).

IV

CAMPAÑA DE ANDALUCIA



En 1508, al hacerse cargo de la Regencia de Castilla Fernando de Aragón, por fallecimiento de su yerno Felipe el Hermoso, no faltaron elementos turbulentos que, intentando crear un ambiente de desgobierno, se opusieron a lo que calificaban como intromisión del aragonés. Resucitaron en mal hora partidos y banderías tan laboriosamente apaciguados y en ésta peligrosa situación eran los grandes señores andaluces los

que mayores muestras daban de «inquietudes y movimientos». Concedor el rey Fernando, no solo de las virtudes militares, sino también de la inquebrantable lealtad de Villalba, decidió servirse de él, ordenándole que sin pérdida de tiempo se trasladase a Andalucía al frente de toda su tropa. A poco de su llegada sosegó las comarcas de Sevilla y Utrera, que se hallaban bastante alborotadas, dirigiéndose luego contra la plaza fuerte de Niebla. Pertenece la ciudad a D. Enrique de Guzmán, Conde de Niebla y Duque de Medina-Sidonia, quien juntamente con el Conde de Ureña y el Marqués de Priego era de las más significativas figuras de la oposición al Rey Regente, pues, aun siendo D. Enrique menor de edad, su tutor D. Pedro Girón le iniciaba en el camino levantisco seguido por sus antepasados. Habiéndose visto obligados Duque y tutor a huir a Portugal, exigieron antes bajo gravísimos juramentos del alcaide, que no entregaría la plaza al Rey en forma alguna, por lo que, fiel a su palabra, hizo caso omiso de los requerimientos de Villalba. Pretendía inútilmente el Coronel obtener la plaza por capitulación, insistiendo sobre ello una y otra vez, pero en el momento en que algún deslenguado profirió desde el adarve palabras ofensivas a su Rey, Villalba dió un tremendo asalto a la villa, ganándola y autorizando, en represalia, el pillaje de la soldadesca. Rendido el soberbio alcázar —la fortaleza más esmerada de Andalucía (31)— el alcaide y los miembros del Concejo que en él habían buscado refugio, fueron ahorcados por los pies de los balcones del Ayuntamiento (32). En medio de tanto rigor, el Coronel «tuvo mucho cuidado de la honra de las mugeres, prohibiendo, echando vando, con graves penas, que ningún soldado las offendiese» (33). A mediados del pasado siglo todavía se conservaba en Niebla la brecha que abrieron en la muralla las tropas de Villalba y el recuerdo de tan penosa jornada perduraba en el término comparativo «peor que el saco de Niebla» (34). Con menos trabajo consiguió Villalba la sumisión de otras plazas pertenecientes a los Duques de Albuquerque e Infantado, e incluso la de Montilla, patrimonio familiar de su antiguo jefe Gonzalo Fernández de Córdoba, ahora un tanto caído en desgracia con el Rey. Ordenó éste que fuera derruida la fortaleza. «El coronel Villalba y Alcalde Cornejo con gente de guerra llegaron a Montilla y trajeron de la tierra de Córdoba muchos azadoneros y en

breves días la arruinaron hasta los cimientos. Y estando derribando un gran lienzo de un largo muro, para que todo cayera junto, cuando cayó tomó en bajo gran número de azadoneros y de aquellos que lo derribaban. Venida la nueva a Gonzalo Fernández, dijo claramente ser muestra que se defendiera Montilla, seyendo viva, pues con su ruina ha muerto a tantos» (35).

Sojuzgada la nobleza andaluza, de nuevo hubo de salir Villalba precipitadamente a campaña, ahora contra los moros de Andarax, que con la ayuda del rey de Tremecén habían alzado bandera de rebeldía, amenazando propagarla por todo el recién conquistado reino de Granada. Puso sitio a la plaza con su tropa de infantería y el refuerzo que recibió de dos compañías de caballos y alguna artillería, debiendo entablar un asedio en forma, con líneas de trincheras y aproches en que protegerse del vivo fuego de los sitiados. Dióse por fin el asalto, siendo el choque porfiado y tardando dos horas en apoderarse de la muralla. Fué preciso a continuación batir al castillo y no cesó la resistencia hasta que Villalba, «que andaba como un bravo león animando a todos los soldados», acabó, en singular combate, con un turco gigantesco que era el alma de la sedición. La fama de su valor bastó a dominar la situación y después de esta nueva hazaña «salían de los lugares a darle obediencia con gran temor». Una vez dominada la sublevación, regresó a Sevilla, en donde recogió los frutos de sus dos brillantes campañas, mereciendo las públicas muestras de reconocimiento de que le hizo objeto el rey Fernando, a la vez que le concedía por escudo de armas, en campo de gules, un águila pasmada de oro y «la vanderera que en la conquista de Andarax auia quitado a fuerza de bracos a vn valentísimo Moro, por orla, en señal que en batallas, desaffíos, combates, cercos y minas auia ganado grande gloria» (36).

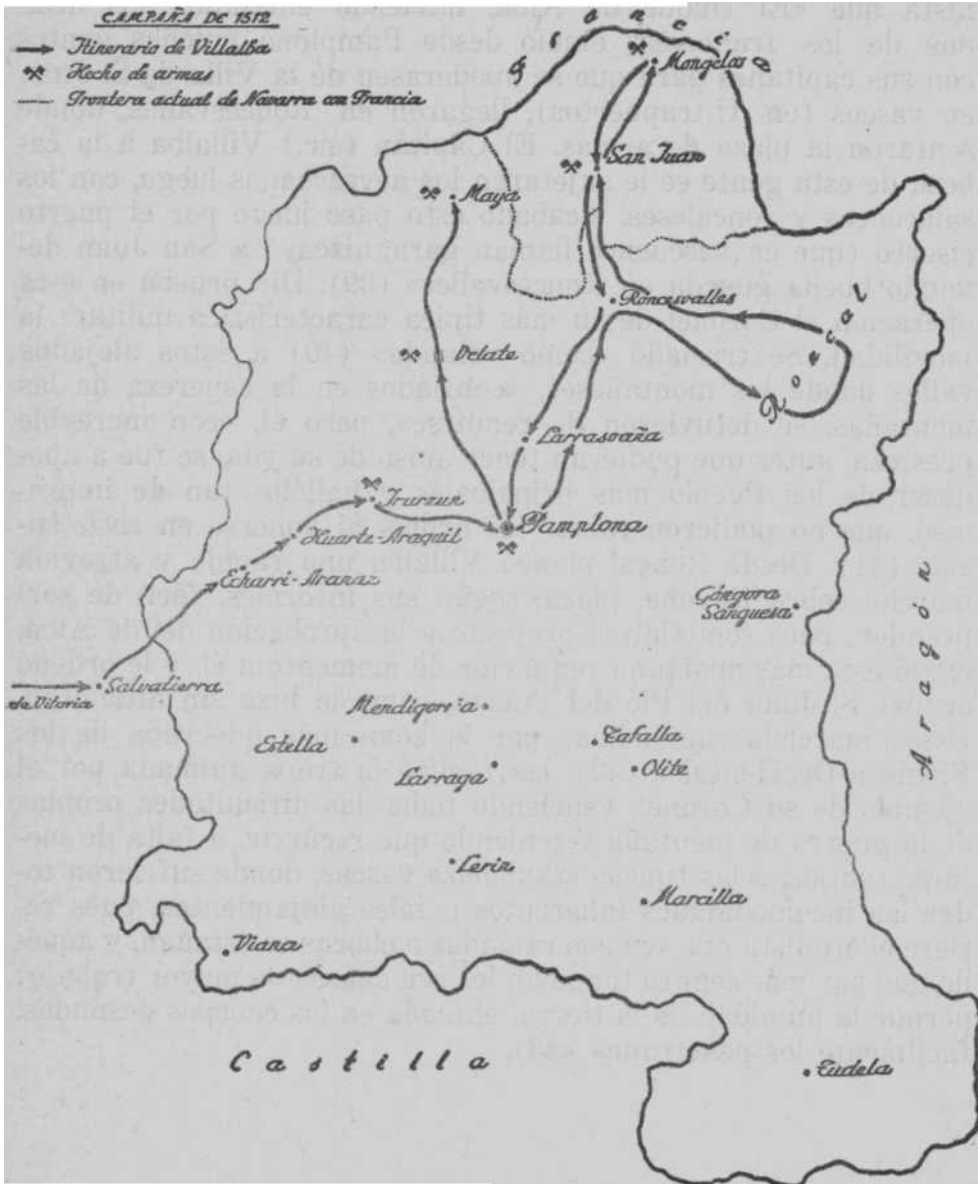
De tal forma ennoblecido, Villalba acompañó al rey en su viaje a Burgos, permaneciendo en su servicio hasta la nueva campaña.

CONQUISTA DE NAVARRA



Tuvo ésta lugar con ocasión de la conquista de Navarra. Cuando el Duque de Alba moviliza sus tropas en Vitoria, uno de los dos escuadrones de infantería, compuestos de seis mil hombres, va mandado por Villalba que lleva consigo a los veteranos de Andalucía. Marcha siempre en vanguardia, recorriendo la Borunda sin contratiempos y descansando en Echarri-Aranaz y Huarte-Araquil. Pero al llegar al boquete de Osquía, al fondo de la Barranca, los navarros ocupaban las alturas y fué preciso entablar ligeras escaramuzas con «unas vanderas de roncaleses, que es la mejor gente de aquel Reyno» (37). No hubo lugar a combate

serio; soslayado el ataque frontal se rodeó el desfiladero por el alto de Aizcorbe y la columna continuó tranquilamente la marcha hacia Pamplona. Cuando esta plaza se entregó a las conminaciones del Duque de Alba, y el ejército hizo su entrada en ella, Villalba, siempre en los puestos de mayor peligro, fué el encargado de cubrirle la retaguardia. No había de durar mucho su estancia en la ciudad, ya que con objeto de evitar que las «delicias capuanas» de la capital navarra dañasen a la moral de los soldados —afirma un cronista con evidente exageración (38)— dispuso el Duque de Alba que parte de su fuerza continuase hasta Roncesvalles y ocupase esta llave de la comunicación con Ultrapuertos. Fué encargado de tal misión el Coronel con sus



3.000 «soldados viejos», excediéndose, como pundonoroso jefe, en el cumplimiento de su cometido. Refiere otro cronista que «El Duque de Alba, habiendo entendido los desinos de los franceses, embió desde Pamplona muchas gentes con sus capitanes para que se apoderasen de la Villa de S. Juan en vascos (en Ultrapuertos), llegaron en Roncesvalles, donde sentaron la plaza de armas. El Capitán (sic.) Villalba a la cabeza de esta gente se le sujetaron los ayezcoanos luego, con los salacencos y roncaleses. Acabado esto pasó luego por el puerto cisereo (que en vascuence llaman garaguizcay) a San Juan dexando buena guarda en Roncesvalles» (39). Dió prueba en esta operación el Coronel de su más típica característica militar: la movilidad. Se trasladó «como volando» (40) a estos alejados valles donde los montañeses, «confiados en la aspereza de las montañas, se detuvieron de rendirse», pero él, «con increíble presteza, antes que pudieran tener auido de su yda, se fué a apoderar de los Pueblo más principales y hallólos tan de improviso, que no pudieron tomar las armas ni ponerse en resistencia» (41). Desde Roncal planeó Villalba una rápida y atrevida marcha sobre Bayona, plaza, según sus informes, fácil de sorprender; pero sometido el proyecto a la aprobación del de Alba, creyó este más oportuno renunciar de momento a él, y le ordenó ocupar S. Juan del Pié del Puerto, como lo hizo sin dificultad. Estas marchas rapidísimas por la zona más quebrada de los Pirineos Occidentales (42), las realizó la tropa animada por el ejemplo de su Coronel, venciendo todas las dificultades propias de la guerra de montaña y teniendo que recurrir, a falta de mejores cobijos, a las típicas «txabolas» vascas, donde sufrieron todas las incomodidades inherentes a tales alojamientos, pues refiere el cronista que «en sus ramadas o chocas se estauan, y aquello que por más seguro tomaban les era caussa de mayor trabajo; porque la humedad de la tierra, entrada en los cuerpos desnudos, fácilmente los penetraua» «43).

VI

EN ULTRAPUERTOS



Establecido en San Juan, quiso Villalba llevar a cabo una empresa aun más arriesgada que la de apoderarse de Bayona, pero tampoco consiguió para ella la venia de su general. Ante la rapidez del avance castellano, había dispuesto el rey D. Juan que su familia abandonase el Reino, pasando a refugiarse a Orthez, villa del vizcondado de Bearne, que con varios otros Estados del Midí francés pertenecía a la dinastía reinante en Navarra (44). «La huida de la real familia fué tan inmoderadamente presurosa que el infante D. Francisco furió de calor y cansancio» (45) y los demás llegaron tras muchas penalidades a Orthez, donde quedaron la reina D.^a Catalina y el Príncipe de Viana D. Enrique. En Orthez estaba también, prisionero, el Obispo de Zamora don Antonio de Acuña, que había sido enviado por el Duque de Alba como parlamentario, y lo que se proponía Villalba era nada menos que apoderarse de las regias personas, rescatando de paso al Obispo Acuña mediante un atrevido golpe de mano. Quizá consideró el Duque demasiado aventurado el negocio o —como insinúa el anónimo cronista— se dejó ganar por los que le decían que «yendo su señoría por capitán general no era justo que otro ganase el laurel y corona de aquella empresa» (46), pero, de cualquier manera, el caso es que no llegó a intentarse, por no alcanzar su autorización, con el consiguiente disgusto del emprendedor Villalba.

Tuvo lugar a poco la ocupación del valle de Garro, todavía insumiso, en donde las tropas, rememorando la jornada de Nie-

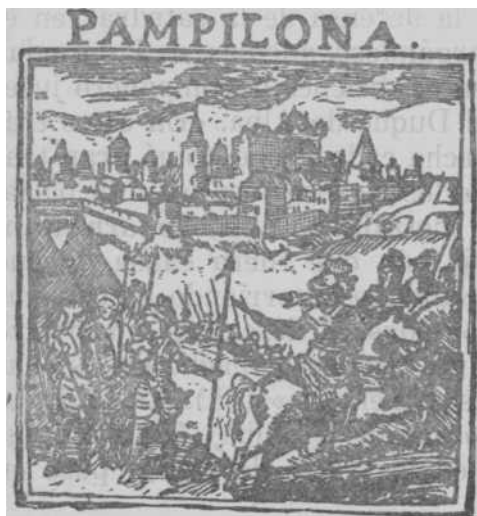
bla, pusieron una nota de horror en la hasta entonces pacífica conquista de Navarra. Los soldados —autorizados por Villalba— hicieron objeto a la comarca de una metódica depredación, salpicada de incendios y de excesos del más desenfrenado libertinaje, pues aunque un moderno autor (47) afirme que «sólo fué inexorable con los que intentaron propasarse atentando al pudor femenino», un testigo presencial (48), que refiere cómo «con mucha crueldad los moradores del valle fueron metidos a saco, pegando fuego a las casas», añade que, «los infantes no cesaban de robar cuanto podían, y como la licencia estuiese en su aluedrío, muchas doncellas, y otras, fueron forzadas». Quiiso excusarse el Coronel de los cargos que sobre su conducta se le hicieron, alegando la necesidad de imponer a los pueblos un saludable temor, pero sin duda se excedió en los medios de lograrlo (49).

Más perspicaz que autorizando el saqueo de Garro demostró Villalba ser ocupando la villa de Mongelos, avanzada frente al territorio del Bearn, de donde podía partir una contraofensiva, por cuya acertada iniciativa recibió la felicitación del Duque de Alba cuando éste trasladó su residencia de Pamplona a S. Juan. Fué oportuna la medida, puesto que ya, en Salvatierra y Mauleón, se iban concentrando las tropas del ejército que, con la ayuda de Francia, organizaba paulatinamente el desposeído Juan de Albret. No pudiendo contar con sus vasallos naturales, los navarros, para la empresa de reconquistar el Reino, vióse en la precisión de echar mano de mercenarios, que de todos los rincones de Europa se iban concentrando en el Bearn. Disponía, si, de un selecto grupo de caballeros que le habían acompañado en su retirada a Francia entre los que se distinguía por «su acendrado patriotismo y lealtad acrisolada» (50) el Mariscal D. Pedro de Navarra, pero el grueso de sus fuerzas lo formaban gascones, tudescos y albaneses contra los que repetidas veces tuvo que escaramuzar Villalba, dando siempre prueba de su no desmentida bravura. En una ocasión estuvo a punto de caer en la emboscada tendida por los albaneses, donde perdió la vida su paisano el capitán placentino Carvajal, al que profesaba gran estimación, salvándole de correr la misma suerte la llegada del Duque con providenciales refuerzos. Y de nuevo peligró su vida —pero esta vez por causa de sus mismos soldados— cuando un

millar de los veteranos de su Tercio se amotinó, quejoso de falta de pagas y exceso de trabajos. Nada pudo la persuasión del Coronel y hubo que transigir con la deserción en masa, amortiguando el disgusto que ello le causó, el afecto con que en esta ocasión le trató el Duque de Alba (51). Por su encargo dirigió Villalba las obras de fortificación de S. Juan, no pareciendo seguras las que tenía y cuando, ante la superioridad numérica del enemigo y el resultado incierto de los combates, se decidió Alba a replegarse a Pamplona, fué comisionado también para la peligrosa tarea de incendiar Mongelos y abandonar esta avanzadilla, en presencia de fuerzas muy superiores.

VII

RETIRADA A PAMPLONA Y DEFENSA DE LA PLAZA



Había conseguido, por fin, don Juan de Albret, la colaboración de Francia y contaba con lucida tropa capitaneada por el Delfín, Duque de Angulema —el futuro Francisco I— y el experimentado La Palice. Pareció insensato al de Alba el entablar en S. Juan el combate que los franceses pedían, considerando el peligro en que tal vez se viera de no poder luego transponer los puertos, y por ello decidió una cautelosa retirada. Marchó, también esta vez, Villalba en vanguardia, dirigiéndose a Roncesvalles y de allí a Larrasoaña. No faltándoles más que la última etapa hasta Pamplona, tuvo por sus espías no-

ticia de que, enterados los franceses de su marcha, habían levantado también el campo y trataban de adelantárseles. Se planteaba una verdadera competición logística, siendo el disputado trofeo la posesión de la capital navarra, cuyas puertas se abrirían al que primero llegase ante ellas. Así lo comprendió el Coronel y lo hizo constar al Duque de Alba, convenciéndole de la necesidad inminente en que se veían de reanudar la caminata. Empezó la tropa, exhausta, una agotadora marcha nocturna y saliendo de su frustrado acantonamiento a las dos de la madrugada, dos horas antes del amanecer llegaron a vista de Pamplona (52). Presa de la más intensa emoción, había pasado la columna al pie del campamento donde se entregaban al descanso los franco-navarros, y a poco de su llegada a Pamplona se presentaron éstos ante los muros de la ciudad, quedando las tropas de Alba bloqueadas en la plaza. No pudo ser más decisiva la actuación de Villalba y así lo reconoció el Duque cuando, en el banquete celebrado para festejar el buen éxito de la maniobra, «puso a su mano derecha al coronel Villalba, diciéndole que si por él no fuera no solamente no comería allí, pero que tenía por cierto que ninguno fuera vivo» (53).

Durante el asedio de los legitimistas navarros a la capital, Villalba atendió con su gente a la defensa de la catedral, en el lienzo mismo de la muralla, encargándose, además, de las rondas nocturnas y siendo en los momentos difíciles el compañero inseparable y acertado consejero del Duque de Alba. «En estos trabajos y en la vela de la ciudad hecha cada noche, tomó gran trabajo» (54). En ocasión de uno de los furiosos asaltos a la plaza, recibió el Coronel una herida de metralla en el cuello, arrancándole el cascote parte de la oreja, sin que fuera causa de que decayera su ánimo, puesto que, «andaua socorriendo a la mayor priesa, y aunque la herida le convidase a descansar no lo hizo siendo los enemigos tan cerca; antes echaba en medio dellos ollas de pólvora que malamente los escarmentaba» (55). En la Tacónera tuvieron lugar nuevas proezas de Villalba (56) y de sus soldados, entre ellos el bravo Peñalosa, que derrotó y puso en fuga a once albaneses.

Cuando, una vez comprobada la esterilidad de su intento, optaron los legitimistas por la retirada, salió el Coronel en su seguimiento con 1.500 infantes escogidos, hostilizándoles a lo

largo de su marcha. Picando incesantemente su retaguardia, contribuyó a la victoriosa acción del puerto de Velate (57), ayudando a los beaumonteses dirigidos por el señor de Góngora y a los montañeses guipuzcoanos de Pérez de Leizaur, que allí se apoderaron de la artillería del francés, ganando, con aquellos doce cañones, uno de los cuarteles del escudo de Guipúzcoa (58).



Al abandonar Pamplona el Duque de Alba, para reintegrarse a la Corte, encomendó a Villalba el mando supremo militar, con considerarlo el más significado y experto de los jefes y la persona apropiada para desempeñar cargo de tan gran responsabilidad. Continuó guerreando el Coronel hasta el total sometimiento

del territorio, que consiguió con la ocupación de la fortaleza de Maya en el Baztán, defendida por una guarnición francesa. «Los soldados baxauan a Navarra, y hazían mucho daño en los pueblos comarcanos. El sitio es inexpugnable; y queriendo el coronel quitar este padrastro y ocasión de daños, le fué a cercar con un regimiento de infantería y dos compañías de jinetes, y la ganó por fuerca de armas con increíble presteza» (59). Llevaba también cuatro cañones, «a brazos, que por ser la tierra tan áspera no se podía llevar de otra manera» (60). Y una vez rechazado el invasor y sojuzgado todo el país, el Rey Fernando, que conocía ya de antiguo la capacidad del Coronel, le confió el mando del cuerpo de tropas de ocupación del Reino de Navarra, así como la tenencia de las fortalezas de Pamplona, Sangüesa, Tafalla, Olite y Lumbier, mientras que en Ultrapuerto quedaba, bajo su autoridad, como gobernador de S. Juan, su antiguo compañero Diego de Vera.

VIII

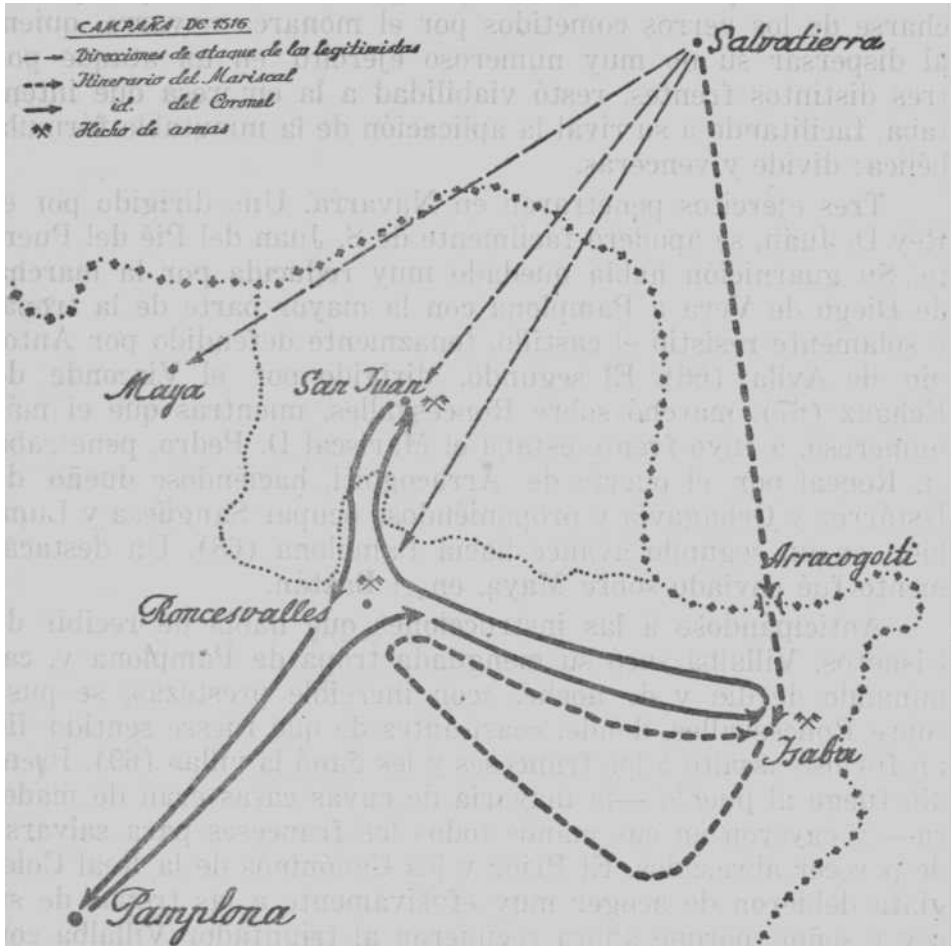
CAMPAÑA DE 1516



Pero tales condiciones de seguridad disminuyeron a la muerte del Rey Católico. El Cardenal Cisneros, en el desempeño de la Regencia, se vió en la necesidad de distraer tropas de Navarra para imponerse, con su apoyo, a la turbulenta nobleza castellana, sacando, solo de Pamplona, más de 800 hombres de armas, con lo que las guarniciones quedaron

notoriamente debilitadas. La muerte de Fernando en 1516, pareció deparar a Juan de Albret ocasión propicia para recuperar su reino, y efectivamente lo era. «Los navarros comenzaban a llevar mal la dominación española; las facciones que habían sido más contrarias a este Príncipe (Albret), deseaban ponerle en el trono. La nobleza y sobre todo el Costable, le escribía secretamente, que hallaría al paso de los Pirineos más de veinte mil navarros apresurados a seguirle» (61). Los cuatro años de ocupación castellana hicieron que muchos navarros —incluso aquellos beaumonteses que habían ayudado a la conquista— añorasen la persona de sus monarcas y el disfrute de sus libertades (62). El Virrey de Navarra, don Fadrique de Acuña, era un joven sin experiencia (63) que no actuaba con la necesaria energía y tacto, y como Francisco I —ya Rey de Francia —ofreció al navarro una ayuda, que luego no llegó a prestar, quedó decidida la invasión.

Y así comenzó lo que había de ser «legendaria gesta en los montes de Isaba y Maya. Resalta a este respecto, nimbada de gloria caballeresca, la figura del Mariscal D. Pedro de Navarra» (64), que llevó la dirección y peor parte del intento.



Como compensación a sus escasas tropas y no mucha pericia, contaba el Virrey Acuña con la de Villalba, a quien desde el primer momento nombró general de toda la gente de guerra, reconociendo sus prendas, valor y experiencia. Hizo honor el Coronel a tal elección y con «diligencia y sagacidad» (65) supo aprovecharse de los yerros cometidos por el monarca navarro, quien, al dispersar su no muy numeroso ejército en un ataque por tres distintos frentes, restó viabilidad a la empresa que intentaba, facilitando a su rival la aplicación de la inmutable fórmula bélica: divide y vencerás.

Tres ejércitos penetraron en Navarra. Uno dirigido por el Rey D. Juan, se apoderó fácilmente de S. Juan del Pié del Puerto. Su guarnición había quedado muy reducida por la marcha de Diego de Vera a Pamplona con la mayor parte de la tropa, y solamente resistió el castillo, tenazmente defendido por Antonio de Avila (66). El segundo, dirigido por el Vizconde de Echauz (67), marchó sobre Roncesvailes, mientras que el más numeroso, a cuyo frente estaba el Mariscal D. Pedro, penetraba en Roncal por el puerto de Arracogoití, haciéndose dueño de Ustárroz y Ochagavía y proponiéndose ocupar Sangüesa y Lumbier, en un segundo avance hacia Pamplona (68). Un destacamento fué enviado sobre Maya, en el Baztán.

Anticipándose a las instrucciones que había de recibir de Cisneros, Villalba sacó su menguada tropa de Pamplona y, caminando de día y de noche, «con increíble presteza», se puso sobre Roncesvalles, donde, «casi antes de que fuese sentido dió un furioso assalto a los franceses y les ganó la villa» (69). Prendió fuego al pueblo —la mayoría de cuyas casas eran de madera— y cayeron en sus manos todos los franceses para salvarse de perecer abrasados. El Prior y los Canónigos de la Real Colegiata debieron de acoger muy efusivamente a las tropas de su rey y señor, porque ahora recibieron al triunfador Villalba con cruz, acólitos y ministros, implorando humildemente su clemencia (70). Inclínándose éste por una conducta menos extremada que la de Garro, dió prueba de notable templanza perdonando a personas y edificios y «mandando con rigurosas penas, que ningún soldado hiziese daño a ningún vezino» (71). Los prisioneros fueron desarmados y enviados a Francia y Villalba —vencido este primer obstáculo— se aprestó a rechazar a los otros cuerpos.



Ya conocemos cuales eran las planes del Mariscal (72), pero las cosas no iban saliendo a medida de sus deseos. No habiendo recibido las fuerzas prometidas por el Rey de Francia, solamente pudo reunir un contingente heterogeneo e indisciplinado de gascones y bearneses y tampoco obtuvo el apoyo que esperaba en los valles de Aézcoa y Salazar. Por el contrario—y como honrosa excepción— «el Roncal sometióse al punto y le ofreció doscientos hombres. Ciento veinte uniéronsele

por el momento a las órdenes de su capitán Pedro Sánchez» (73), pero no era ésta ayuda lo suficientemente poderosa como para enfrentarse con los veteranos de Villaiba y los beaumonteses del capitán navarro Miguel de Donamaría, que le secundaba. Informado por sus espías de que Roncesvalles estaba ya en manos legitimistas, quiso reunirse con los que lo ocupaban, quedando sumamente consternado al no encontrar rastro del ejército y comprobar que había sido desbaratado. Informado de la proximidad de Villaiba, que se hallaba en Burguete, se repliega a través de las montañas hacia Roncal, al objeto de reforzarse con la facción que había enviado a sitiar la plaza de Burgui (74), pero, noticioso el Coronel de la maniobra y conociendo perfectamente el terreno, gracias a su campaña de cuatro años antes, se lanza en su persecución, transpone, con nieve (75) a la rodilla, los puertos que separan Roncesvalles de Roncal y le alcanza, ya en Isaba, donde se da la batalla. Tuvo ésta lugar «en lo más angosto de estas montañas», (76) produciendo la primera embestida de Villaiba más de cien muertos y numerosas deserciones en las poco aguerridas filas del Mariscal. Viéndose este atacado por fuerzas superiores y abocado a un completo desastre, opta por aceptar las condiciones de Villalba, capitula ante él, y constituyéndose prisionero, logra alcanzar la libertad de sus leales a cambio del sacrificio de la suya (77).

Tuvo lugar esta acción, en la que fué «desbaratado y preso el marichal D. Pedro en 21 de Marco día de Viernes Santo» (78)

y con él quedaron en poder de Villalba los nobles navarros que le habían seguido y el bizarro roncales Pedro Sánchez.

No supo ver Villalba en la entereza del Mariscal el mérito de mantenerse fiel a sus juramentos en los días aciagos para su señor, y el trato de que le hizo objeto no está de acuerdo con la conducta observada en Roncesvalles (79). Trasladados a Estella los cautivos, bajo la custodia del capitán Collazos, fueron más adelante entregados a Cisneros, quien los retuvo en el castillo de Atienza (80), para ser llevados por último a Simancas, en donde había de encontrar D. Pedro su trágico y misterioso fin (81).

Por el mismo camino que había llevado, regresó Villalba a Hurguete y desde allí, con parte de sus tropas, marchó a liberar S. Juan, en cuya fortaleza resistía todavía el alcaide Antonio de Avila. El último de los ejércitos legitimistas que pisaba territorio navarro, tenía la moral bastante socavada después de los desastres de Roncesvalles e Isaba, pero, a pesar de ello, se apresó a la defensa de la villa. No pudiendo el Coronel batir sus murallas —que él mismo había años antes reforzado— por falta de artillería, ni tampoco lanzarse a un asalto por carecer de las necesarias escalas, apeló a su ingenio, apoderándose de la ciudad mediante un astuto procedimiento. Observando que el río pasaba por la villa sitiada, se arrojó el primero al agua, «aunque le daba a los pechos», siguiéndole los soldados y, jugando su arcabucería y peleando sin cesar, consiguió avanzar hasta las gradas de un puente, por las que pudo subir a la ciudad. «Era cosa de assombro y admiración ver al Coronel pelear y juntamente animar a sus soldados. Este día el Coronel por su persona mató tres capitanes franceses muy señalados, y quitó quatro vanderas de las manos de los alféreces, cortando las manos a dos de ellos para sacarlas de su poder» (82). Antonio de Avila contribuyó desde el castillo a la derrota y los castellanos persiguieron al ejército francés, hostilizándole, hasta la frontera del Bearn (83). En Isaba habían tenido más de cien muertos y ochocientos prisioneros que, desarmados, regresaron a Francia; en S. Juan sufrieron otras tantas bajas y un centenar también de prisioneros.

Villalba comunicó al Cardenal-Regente sus tres fulminantes victorias y la total evacuación de Navarra por los franco-

legitimistas. «Cisneros recibió estas noticias con sumo gozo y escribió en términos de mucho reconocimiento a Villalba, a quien estimó y amó después particularmente y a quien consultó en todas las contingencias y sucesos en que se trataba de la seguridad de la provincia» (84). Hizo luego el Coronel un viaje a Madrid, dando personalmente cuenta a Cisneros de todo lo ocurrido y recibiendo plácemes tanto de él como del futuro Emperador, que así veía defendidos los dominios adquiridos por su abuelo y al que todavía no turbaban los escrúpulos de conciencia sobre la posesión de Navarra, que habían de hacerse patentes en su testamento (85).

IX

LOS CASTILLOS



Ahora fué cuando el Cardenal le encomendó una, empresa a la que el mismo Coronel le instaba hacía tiempo (86), empresa que había de dejar en Navarra ingrato recuerdo de su persona: la demolición de las fortalezas (87). Prosiguiendo la política de abatimiento de la nobleza feudal, iniciada

por los Reyes Católicos, quiso Cisneros demoler las fortalezas de Navarra, esgrimiendo, como argumento de fuerza que justificase tan severa medida, el supuesto apoyo prestado por los dos partidos en pugna —agramontés y beaumontés— a los intentos recuperatorios de Juan de Albret.

Se trataba de aplicar a Navarra las disposiciones generales cumplidas hacía tiempo en Castilla, derruyendo los castillos, torres, casas fuertes e incluso las iglesias fortificadas. El rey Fernando había ido demorando su ejecución por no herir la sensibilidad del pueblo navarro, (88) pero el Cardenal, que no era hombre para detenerse en sentimentalismos, se mostró inexorable. En realidad, esta medida tenía un alcance más social que político, puesto que iba encaminada, más que a cercenar las prerrogativas autonómicas de Navarra, a neutralizar las posibilidades de su levantisca nobleza, dejando al territorio en total imposibilidad de nuevas revueltas (89). Exacerbados intereses partidistas, ya extemporáneos, han querido a veces desorbitar la cuestión, presentándola como una vejación deliberada para el Reino recién incorporado.

No pudo elegir el Regente ejecutor más idóneo para su plan que el Coronel Villalba. Quien había visto desmochar en Placencia los torreones bravios de los Zúñiga, Carvajal, Trejo y Almaraz, quién había hecho caer por tierra las murallas de Montilla, anteponiendo la disciplina al afecto que sintiera por el Gran Capitán, había de encontrar muy natural éste proceder contra los castillos de los Peralta, Lerín, Beaumont, Ezpeleta, Jasso y Góngora, y el Coronel llevó a cabo su labor tan implacablemente que se granjeó la execración unánime de los navarros. Agramonteses y beaumonteses, por igual, vieron amenazados sus castillos y el temor a la piqueta suscitó un general clamor de protesta. La nobleza elevó una queja al Rey, encabezada por el Condestable, jefe, a la vez que del brazo militar del Reino, del partido beaumontés, pero todo fué inútil. Total o parcialmente fueron arrasadas las murallas de Tudela (90), Tafalla, Olite, Estella y Sangüesa y los castillos de Mendigorriá, Lumbier, Lerín (91) y Viana (92), así como el beaumontés de Aizita, próximo a Irurzun, y el de la casa de Góngora en tierras de Aoiz, a pesar de haber ayudado sus señores francamente a la conquista (93). Cayeron también iglesias y conventos fortificados, como el maravilloso de S. Francisco de Olite (94), e incluso fueron rebajadas las potentes torres de muchos templos parroquiales. Semejante proceder dió pie a que la enemiga popular viera en la repentina muerte de Villalba un castigo divino (95), aunque también corrió el rumor —ciertamente más verosímil— de un

envenenamiento. Al frente de una columna volante recorría Villalba el territorio en cumplimiento de su misión y poco después pudo escribir a Cisneros: «Navarra está tan baxa de fantasía después que vuestra señoría reverendísima mandó derrocar los muros, que no hay hombre que alce la cabeza» (96).

Entre los más acérrimos enemigos de Villalba figura por esta época el Condestable D. Luis de Beaumont. Antes de producirse la invasión de 1516, el Condestable, hasta entonces aliado de Castilla y uno de los fautores de la conquista, había pretendido explotar a su favor la ineptitud del Virrey Acuña, quien le permitió fortificar las iglesias y meter tropas en las plazas del país. Pero después, aconsejado por Villalba, comprendió el Virrey su imprudencia y le ordenó retirarlas (97); desde aquel momento el Condestable odió con todas sus fuerzas al Coronel. Debió de estar complicado el Condestable en la intentona de 1516 y en éste sentido parece que encontró Villalba cartas comprometedoras en el equipaje del Mariscal (98), lo que enconaría más la enemistad. El Condestable, de todos modos, rehusó entregar sus fortalezas, puso en estado de defensa Larraga y Lerín y se refugió cautamente en Aragón. Villalba escribía indignado a Cisneros: «no deue V. S. R. dexarle salir con su intinción, que es mal exemplo y grande atreuimiento» (99) y como no era esto precisamente lo que pensaba el Cardenal, dió orden a Villalba de ocupar los dominios del Condestable y también sus castillos fueron derruidos.

Solamente consiguió librarse de la piqueta demoledora el castillo de Marcilla, gracias a la varonil disposición de su propietaria, D.^a Ana de Velasco. Esta «brava fembra», en ausencia de su marido, el marqués de Falces, se negó a cumplir los mandatos de Villalba, y a recibirle en la fortaleza. Alzando los puentes, bajo el rastrillo y guarnecidas las almenas de ballesteros, D.^a Ana desobedeció las conminaciones del Coronel, las órdenes del Virrey y las disposiciones del Regente, conservando la fortaleza hasta la ulterior decisión personal del Rey D. Carlos (100). «Sofrir non quiso mancilla», pero en este gesto gallardo se ha de ver, mejor que un rescoldo de independencia no dominada en Navarra, la entereza de un vasallo que se niega a admitir otras órdenes que las emanadas directamente de su soberano (101). A mayor abundamiento, la filiación castellana de D.^a Ana de

Velasco, —de la familia de los Condestables de Castilla—, y la exigencia del mandato real, como condición «sine qua non» para la entrega del castillo, hacen ver bien a las claras que no se trataba de una rebeldía secesionista, sino de una supervivencia feudal (102).

Una leyenda navarra (103) relata que, para amedrentar a Villalba, dispuso la marquesa de Falces fuera izada en la torre del homenaje la enseña del arcángel San Miguel, patrón de toda milicia, haciendo observar al Coronel que el castillo se hallaba bajo su protección. Pero el impío la desafió, en castigo de lo cual sufrió pronto trágica muerte.

«Esta frase al escuchar,
alzó Villalba los ojos,
y, ardiendo en ira y enojos,
vió la enseña tremolar
del Santo Arcángel, y airado
la espada asiendo, Por Cristo,
exclamó, no había visto
el pendón que habéis alzado.
Vana argucia es esta, que
no ha de humillarme jamás,
¡San Miguel, muy alto estás,
pero yo te abajaré!».

Chasqueado y rabioso ante la inopinada actitud de la marquesa, fué allí mismo acometido de repentino vértigo, teniendo que retirarse a su residencia de Estella, donde a poco alcanzó triste fin.

«Y muerto sin confesión
ni halló en la iglesia consuelo
ni de los hombres perdón.
Si fué milagro, no sé;
pero de su gloria el brillo
en Marcilla hollado fué:
juró arrasar el castillo...
y el castillo sigue en pie» (104).

X

LA MUERTE



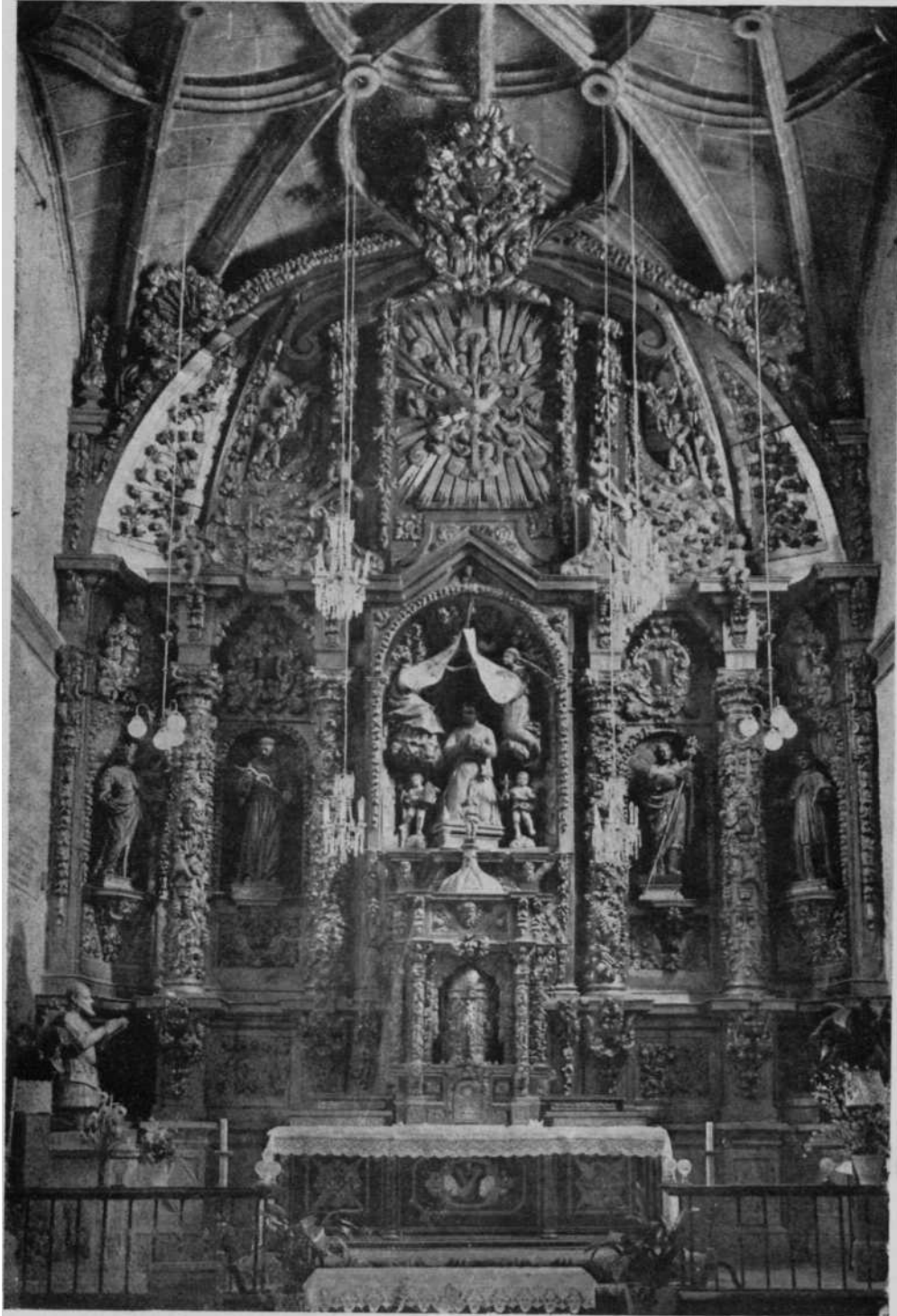
Otra versión sitúa el desafío al arcángel en la misma ciudad, en donde se había establecido. Según ella, «mirando la torre de la iglesia de San Miguel, en Estella, que era muy alta y fuerte, dijo: San Miguel, San Miguel, alto estás, pero yo te abaxaré. Y que, dicho esto, se fué a su casa a comer con su muger: y habiendo comido con demasía de un pavo, luego que se levantó de la mesa, se retiró con ella a su aposento. De allí a media hora comenzó la muger a dar gritos lamentables, a que acudieron los de la Familia, y muchos de los vecinos, y entre ellos algunas personas de calidad: y hallaron muerto a Villalba en su cama, y a la muger, que salía de ella; pero a los dos con tan indecente desaliño de vestidos, que daba bien a entender, qual havía sido la causa de su muerte. Esto se verificó luego; y assí en aquella Ciudad, como en toda la Tierra no corrió otra cosa, y esta voz duró hasta muchos años después» (105). Recoge también el analista citado, la especie del envenenamiento por el Condestable. Hemos visto ya la enemistad latente entre los dos personajes y el Condestable mismo confiesa sus rencillas con Villalba en una exposición a Cisneros, en la que se entrevé también su despecho por haber sido preterido en el gobierno de Navarra. «De ley del Reyno, muerto el Rey nuestro señor, a mí me venía justamente, por leyes y fueros del dicho Reyno, la gobernación» (106). Afirma que «el señor Cardenal dió crédito a villalba, el qual ha seydo causa de todo el mal deste Reyno, que sacó su gente que estaba en San Juan y trúxola a Pamplona, a dar a entender que él me tomó las yglesias, y a hazer traydores a los leales (!) (107) y con esto fué al Señor Cardenal a le dar a entender cosas contra mi, que pues las yba deziendo por el ca-

mino y acá las dixo en este Reyno, es de creher que es lo que diría a su Señoría Reverendísima por me indinar conel» y luego añade: «y no se sy el Señor cardenal sabe que el Rey nuestro señor, a mi causa, le mal trató y mandó que saliese deste reino y le quiso quitar a estella» (108). Con tales antecedentes, y conociendo la manera de ser del Condestable, no es demasiado descabellada la idea del envenenamiento, aunque bien es verdad que en aquellos tiempos toda muerte repentina se explicaba mediante el veneno o la cólera divina.

La versión del envenenamiento dice que, dirigiéndose Villalba de Pamplona a Estella, al pasar por Lerín, fué invitado a comer por el Condestable, quien entre los manjares, le suministró la ponzoña. Hablando del convite dice otro cronista (109): «Rehusólo Villalba, mas al fin, o por vrbanidad, o por fuerça, que es lo más cierto (y assí lo dizen los Curiosos que lo notaron) aceptó el combite. Fué la comida muy a honor del Dueño y del Combidado: pero tan pesada, que inmediatamente, al descubrir los segundos manteles, sintió Villalba cierta inquietud en el estómago, que le obligó a levantarse. Despidióse del Condestable, sin poder encubrir las ánsias (efecto del combite) y aunque caminó a toda la priessa que pudo, murió en llegando a Estella, con más que sospechosos indicios del veneno» (110).

A pesar de lo que afirmen los cronistas, probablemente un facultativo actual hubiera certificado, a buen seguro, el fallecimiento como consecuencia de una simple congestión.

Cisneros lamentó la muerte de su Coronel y procuró amparar a sus hijos. Escribía al Rey D. Carlos diciéndole «plugo a nuestro señor de llevar al Coronel Villalba el quoyal hera muy leal y muy diligente servidor de su majestad y que en las cosas de la guerra se avía siempre muy bien señalado, y avia hecho muchos y muy grandes servicios a la corona rreal», por todo lo cual pide al Rey que continúe su hijo en posesión de la alcaidía de Estella y en la del Regimiento de Plasencia (111). Insistió Cisneros, inútilmente, una y otra vez sobre ei asunto y cuando se le despojó de Estella, pretextando que «es muy mochacho», no tuvo reparos en decir al Rey que «esto que se ha hecho con su hijo de Villalba a seydo cosa de mal ejemplo y quiebra las alas a muchos para que no se determinen asi a poner sus vidas y haciendas en servicio de su rrey» (112).



Altar mayor del convento de San Ildefonso de Plasencia. Al lado del Evangelio el sepulcro de Villalba



Don Cristóbal de Villalba y González. Estatua orante de su sepultura.



Armas del Coronel Villalba. En la fachada del convento de San Idefonso de Plasencia



Las mismas, acoladas con las de su esposa D.^a Estefanía de Trejo

Los restos de este infatigable luchador fueron inhumados en Navarra y, más tarde, trasladados a Plasencia, «donde descansa en la capilla mayor del Monasterio de San Idefonso, de monjas terceras de S. Francisco, que era suyo y de su casa. Su hijo don Pedro Bermúdez de Villalba, Chantre de la Santa Yglesia de Plasencia, le puso vn luzillo y estatua de mármol, que está de rodillas al lado del Evangelio» (113). Todavía se conserva allí, de no muy buena factura y bastante deteriorada, con unas manos enormes y ajenas, pues las suyas las destrozaron a tiros los franceses durante la guerra de la Independencia (114). En su pedestal figura el siguiente epitafio:

En aquesta estrecha cama
la muerte puso en medida
al que no la tuvo en fama
por no tenerla en la vida (115);
Y tuvo, siendo mortal,
con dos contrarias victorias,
con vida fama inmortal
y con muerte inmortal gloria.

El Coronel Xpoual de Villalua.

De su matrimonio con D.^a Estefanía de Trejo, tuvo Villalba tres hijos; el que labró la sepultura, Juan de Villalba y otro llamado también Cristobal, que, queriendo reverdecer los laureles heredados por nombre y apellido, pasó al Perú, donde a poco le sorprendió la muerte (116). Y tres hijas, Doña Beatriz de Villalba, Doña Ysabel de la Cerda y otra que murió niña. La belicosidad familiar resurge en un sobrino del Coronel, de quien nos habla el dramaturgo placentino del siglo XVI Luis de Miranda. Posiblemente encarna ese sobrino la figura del protagonista en su «Comedia Pródiga», en la que rememora la parábola de S. Lucas. Al final de la obra añade una oda «A la muerte de un su amigo» y en ella dice:

«Bien creo que si vivieras
Que fueras digno de salva
Como sobrino que eras
Del buen Coronel Villalba».

Y añade luego:

«Verte a la guerra inclinado
me turbaba el sueño mío,
como era sueldo heredado
de aquel fuerte y esforzado
tu sapientísimo tío» (117).

Esta es a grandes rasgos la vida del Coronel D. Cristóbal de Villalba. Consagró los 42 años de su existencia al servicio de su patria y de su Rey. Militar distinguido por su valor y previsión, tomó parte señalada en las Guerras de Italia y en la Conquista de Navarra. Supo domar a los moriscos sublevados y trajo a mandamiento a los magnates andaluces. Si permitió a su Tercio el saqueo de Niebla y arruinó la fortaleza de Montilla, no pudo exigírsele que tratase con más miramientos a la nobleza y pueblo de Navarra. Destruyó los castillos cumpliendo órdenes superiores, que no era quién para discutir, y que, en todo caso, hacían necesarias las circunstancias del momento, no pudiendo imputársele responsabilidad alguna en ello. Y si es cierto que el comportamiento de sus tropas en el valle de Garro dejó bastante que desear, hemos indicado ya que conviene hacerse cargo de la época en que vivió (118). Si consideramos que el ejército franco-navarro que sitió a Pamplona en 1512 cometió las mayores tropelías, devastando a conciencia toda la Cuenca y profanando con robos sacrilegos los vasos sagrados de los Monasterios aledaños de Sta. Clara y S. Pedro, donde «ni la violencia a las castas esposas de Jesucristo fué perdonada» (119), quizá podamos llegar a disculpar el saqueo de Garro en el que tanto hincapié se ha querido hacer para denostar la conducta de Villalba.

VICENTE GALBETE.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

(1) Pedro Ruiz de la Mota, Obispo de Badajoz, en la Cortes de la Coruña de 1520, aludiendo a Claudio. Menéndez Pidal, «Idea Imperial de Carlos V», Espasa-Calpe 1940, página 14.

(2) S. Isidoro; «Historia de regibus Gothorum, Wandalorum et Suevorum», cap. 71 afirma que, alanos, asdingos, silingos y cuadosuevos intentaban transponer el Pirineo, habiendo arrollado a los francos que se les opusieron. «Francos proterunt».

(3) Ibid.

(4) Lacarra, José María. «Textos navarros del Códice de Roda», separata de Estudios de Edad Media de la Corona Aragonesa, vol. I, Zaragoza 1945. Publica por primera vez esta interesantísima epístola que, dirigida a las milicias de Pamplona, trajo desde Roma el patricio Sabiniano. Acompaña a la carta la descripción de las fortificaciones de Pamplona, con sus 67 torres que se observan en mosaicos de la época.

(5) Según la tesis de D. Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, expuesta en la conferencia que, sobre «Unidad y diversidad de las regiones españolas», pronunció en la Institución «Príncipe de Viana» el 8 de Junio de 1941.

(6) Las dos figuras más señaladas fueron, en la conquista, exploración y colonización, Pedro de Ursúa, fundador de la Pamplona y la Tudela colombianas, y en la evangelización el famoso «Capuchino Español», en el siglo D. Tiburcio de Redín y Cruzat, Barón de Bigüezal, instaurador de las misiones franciscanas en Venezuela. Respecto al primero vid. Fr. Pedro de Aguado, «Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada», «Historia de Venezuela», ed. prólogos y notas de J. Becker, Madrid, 1916 y 1918. William Bollaert. «The Expedition of Pedro de Orsua y Lope de Aguirre in search of El Dorado y Omagua» Londres, 1861. Emiliano Jos «La Expedición de Ursúa al Dorado y la Rebelión de Lope de Aguirre» tesis doctoral. Huesca, 1927. Juan de Castellanos; «Elegías de varones ilustres de Indias», t. IV de Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira, se ocupa de él en diversas elegías.

«Descubrió los caminos más reclusos,
Allanó la montaña rigurosa,
Conquistó la provincia de los Musos,
Desde reino la más dificultosa: (de Nueva Granada).

Y así, con el valor de su persona,
Y entre valientes indios y arriscados,
Pobló ciudad a quién llamó Pamplona...».

De D. Tiburcio de Redín tratan, Fr. Matheo de Anguiano, «Vida y virtudes del Capuchino español, el v. siervo de Dios Fr. Francisco de Pamplona... llamado en el siglo Don Tiburcio de Redín, Caballero del Orden de Santiago, Señor de la Ilustrísima Casa de Redín, en el Reyno de Navarra, Barón de Vigüezal y Capitán de los más célebres y famosos de su siglo ». Madrid, 1704. D. Carlos Meneos y Ezpeleta, Marqués del Amparo: «Biografía de D. Tiburcio de Redín, Barón de Bigüezal», Madrid, 1861. Julio Puyol; «Vida y Aventuras de Don Tiburcio de Redín Soldado y capuchino», Madrid, 1913.

(7) Goñi Gaztambide, José: «Los navarros en el Concilio de Trento y la reforma tridentina en la diócesis de Pamplona», Pamplona, 1947. Comprueba en este documentadísimo estudio la participación de nueve teólogos, prelados y juristas navarros en la reforma tridentina.

(8) Rodríguez Moñino, Antonio: «Hazañas del Coronel Villalba», rev. Escrial, N.º 45 «El Mariscal D. Pedro de Navarra, traidor primero a los suyos, al rendir pleito homenaje a Fernando el Católico y luego a los castellanos al ponerse al servicio de Albret», afirmación totalmente injusta, ya que si el Mariscal reconoció en Logroño al Rey Fernando, fué como el mismo dijo «constreñido y fuera de su li-

bertad, syn jamás tener intención de faltar a su primera obligación. Carta del Lic. Galindo al Cardenal Cisneros dándole cuenta de las declaraciones del Mariscal. p. p. Miguel de Oneaga; «Amayur», p. 319. Todas las penalidades que debió de sufrir el Mariscal arrancan de su entereza al no reconocer como Rey más que a aquel a quien tenía jurada la fé. Argáiz y Antillón, en su obra ms. «christianos y serenísimos Reyes de Navarra» que se guarda en el Archivo de la Catedral (código 89) de Pamplona, pág. 1.010 trae un pasaje, en el que dice: «Hallándose el rey (D. Carlos) en Barcelona mandó fuesse ilebado el Marichal Don Pedro de nauarra del Castillo de Atienca adonde estaba presso a la ciudad de Barcelona pidiéndole jurasse al rey Don Carlos por rey de nauarra offreciendole la libertad i restitución de su estado honrras y officios i otros faores y mercedes, excusose el marichal respondiendole no poderlo hacer conforme a su honrra y al juramento que tenía hecho a los reyes don juan y Doña Catelina. Por esta resistencia fue mandado bolber a Castilla estando presso hasta su muerte en la fortaleza de Simancas».

(9) Campión, Arturo: «Nabarra en su vida histórica» Pamplona, 1929, pág. 124.

(10) Campión, Arturo: «Algo de Historia (vol. 4.º) Gacetilla de la Historia de Nabarra». Pamplona, 1923, pág. 355, afirma taxativamente: «sin la conquista no hubiese habido «encorporación».

(11) Contreras, Juan de, Marqués de Lozoya: «Los orígenes del Imperio. La España de Fernando e Ysabel», Madrid, 1939, afirma que Fernando era «no seguro en su palabra» (pág. 47) y cita a Pulgar quién, «no podía decir que era franco». «Fernando aún guerreó y enredó a otros príncipes en las sutiles redes de su ingenia» (página 251).

Domínguez de Arévalo, Tomás, Conde de Rodezno: «Austrias y Albrets ante la incorporación de Navarra a Castilla». Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, Madrid, 1944. «La conciencia de un político tiene pesas y medidas excepcionales y la de D. Fernando era suficientemente holgada para admitirlas de todo tamaño» (pág. 18) «más digno de recordación como diplomático consumado que como gobernante de honrada sinceridad» (13).

(12) Fr. Alonso Fernández: «Historia y Anales de la Ciudad y Obispado de Plasencia. Refieren vidas de sus Obispos, y de Varones señalados en Santidad, Dignidad, Letras y Armas...» Madrid, 1627. Libro II, cap. XXI. Del Coronel Christobal de Uillalba. Sus hazañas, y seruios grandes que hizo a los Reyes. Cronista anónimo autor de las «Hazañas del Coronel Villalba» m. s. inéd. siglo XVI, sección de manuscritos de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Otro ej. en poder de Rodríguez Moñino.

(13) P. Francisco Alesón: «Annales del Reyno de Navarra compuestos por el» t. V, Pamplona, 1766, l. XXXV, cap. XIX, «inhumano, cruel, impío, desalmado».

Fr. P. Fabo: «Historia de Marcilla», Madrid, 1918, cap. XII, hombre de genio feroz, corazón encallecido, tigre insensible a las lágrimas, bárbaro exterminador y brutal incendiario salpicado de sangre inocente.

Campión, Arturo., Ops. cit. «verdugo, autor de bárbaros desmanes, cruel y desalmado».

Altadill, Julio: «Castillos medioevales de Nabarra», t. II. Donostía, 1934. «Miserable, feroz, tigre implacable, blasfemo inmundo y aborto del infierno».

(14) El único que, entre los historiadores navarros, le da su verdadero nombre es Campión. El P. Alesón —a quién copia Altadill— le llama Hernández de Villalba. Yanguas. «Historia compendiada del Reyno de Navarra», Pamplona, 1832, le llama Hernando de Villalba y el P. Fabo lo convierte en D. Hernando de Villalba. La Crónica General del Gran Capitán le llama en una ocasión Leonardo.

(15) Gonzalo Fernández de Oviedo: «Quincuagenas de la Nobleza Española», Madrid, 1880.

(16) Cronista anónimo. «Hazañas de! Coronel Villalba». Citado por R. Moñino.

(17) Cuyo matrimonio tuvo a Ysabel de Carvajal, casada con Diego de Frías. Rodríguez Moñino, op. cit, confunde a esta D.^a Ysabel con su madre D.^a Beatriz.

(18) Paredes y Guillén: «Los Zúñigas señores de Plasencia», separata de la rev. Extremadura, Cáceres, 1909.

(19) Maldonado, Alonso de: «Hechos de D. Alonso de Monroy, clauero y

maestre de la orden de Alcántara», en Memorial histórico español, VI. Ed. Rodríguez Moñino, Revista de Occidente, 1935. (2.^a ed.).

(20) Según Gayangos y Lafuente, «Cartas del Cardenal Cisneros a D. Diego López de Ayala» pág. 101, nota de los ed. «desdeñado por una señora con quién se quería casar y ansioso de hacer fortuna, pasó a Italia, donde hizo prodigios de valor». No parece que fuera preciso el acicate de una desilusión amorosa, bastando con el ejemplo de los muchos placentinos que se alistaron en los Tercios y con el natural deseo de enriquecerse. Ninguno de sus cronistas contemporáneos registra ese motivo.

(21) A. Rodríguez Moñino. Op., cit.

(22) Fr. Alonso Fernández. Op., cit.

(23) Otra versión asegura que se trataba de dos espías que el capitán Benavides había enviado en su acecho y que así quisieron asegurarse de su conducta. No parece muy razonable que su propio capitán quisiera eliminarlo.

(24) Fr. Alonso Fernández. Op., cit.

(25) Gayangos y Lafuente, Op. cit. dice que fueron sus rivales un español, un alemán y un corso.

(26) «Hazañas del Coronel Villalba». Citado por R. Moñino.

(27) *Ibid.*

(28) «Crónica General de Gonzalo Fernández de Córdoba que por sus proezas fué llamado el Gran Capitán». Nueva Biblioteca de Autores españoles, t. XV., ed. Rodríguez Villa, Madrid, 1908. Achaca la ejecución a Zamudio y Pizarro que salían de descubierta. El mismo procedimiento explicativo empleó durante la guerra de la Independencia el General Castaños. Cuando ahorcaba, al borde del camino a los carreteros que transportaban grano para los franceses de Madrid, dejaba junto al cadáver un saco de trigo aclaratorio J. Lucas-Dubretón; «Napoleon devant l'Espagne. Ce qu'a vu Goya. París, 1946. 7.^a ed.

(29) «Crónica manuscrita. Historia del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba y de las guerras que hizo en Italia». Misma ed. **cap. CXXV**, describe la acción de las grutas de Rosano.

(30) Fr. Alonso Fernández. Op., cit.

(31) Delgado, Antonio: «Bosquejo histórico de Niebla» en **B. R. A. H. XVIII, 1891**, 2.^o, pág. 545-47.

(32) Cinco Regidores y un escribano sufrieron la última pena, según Zurita, Jerónimo: «Historia del Rey D. Hernando el Católico. De las empresas, y ligas de Italia» tomo VI, Zaragoza, 1670, libro VIII, cap. XXVI.

(33) Fr. Alonso Fernández. Op., cit. Antonio Delgado discrepa de esta afirmación de medida, aunque no alude a Villalba, sino a la actuación del alcalde de corte. Mercado como causante de las atrocidades que cita: «Cuantos hombres encontró aquella tropa bárbara y desorganizada, fueron inmolados; forzadas, casadas y doncellas, las casas y templos robados, y no quedó en toda la villa alhaja, dinero, ropa, ni mueble transportable que no fuera presa de aquellos soldados».

(34) *Ibid.* «Bosquejo histórico de Niebla».

(35) Crónica ms. del Gran Capitán, pág. 459.

(36) Fr. Alonso Fernández. Op., cit. Los blasones de Villalba que hemos podido examinar en Plasencia, difieren ligeramente. El pintado en la pared de la capilla del convento de S. Ildefonso, que sirve de fondo a su estatua orante, presenta una bordura de castillos y guanteletes alternados. Los esculpidos en la fachada del mismo convento, presentan además llaves flanqueando a las manos armadas.

(37) Zurita, «Anales», vol. VI, fol. 296.

(38) Correa, Luys: «La conquista del Reyno de Navarra». Toledo, 1513, 2.^a edición con prólogo y notas de Yanguas y Miranda. Pamplona, 1843. Por ser más asequible y no ofreciendo sino ligerísimas variantes, nos referiremos en las citas a la 2.^a ed., págs. 86-87.

(39) Huarte, Lic. Juan de: «Silva de viaria lición de servicios y demostraciones de fidelidad, etc...» ms. inéd. de comienzos del siglo XVI, conteniendo datos

muy curiosos relativos a la Colegiata de Roncesvalles, en donde se conserva. Citado por Javier Ybarra: «Historia de Roncesvalles», pág. 392.

De ahora en adelante buscaremos, en lo posible, el apoyo de autores navarros, ya que, a pesar de que R. Moñino afirma que «en ningún sitio encontraremos detalles tan concretos sobre diversas acciones como en la crónica particular del coronel Villalba», tales detalles con frecuencia están equivocados. Así sucede cuando confunde Larrasoña con una inexistente Arrigueña; cuando afirma que la sumisión de Salazar y Roncal fué anterior a la ocupación de Roncesvalles y cuando llama doblemente traidor al fidelísimo Mariscal D. Pedro.

(40) Fr. Alonso Fernández. Op., cit.

(41) Zurita. Op., cit., fols. 298v° y 301v°.

(42) Vide, S. Juan Cañete, Antonio: «La frontera de los Pirineos Occidentales». Toledo, 1936.

(43) Correa. Op., cit., pág. 103.

(44) Conde de Rodezno. Op., cit., pág. 29.

(45) Campión: «Navarra en su vida histórica», pág. 429.

(46) Rodríguez Moñino. Op., cit.

(47) Ibidem.

(48) Correa. Op., cit., pág. 91. Coinciden todos los autores en aceptar su rigor, aunque no en la denominación del valle. Fr. Alonso Fernández. Op., cit., dice que «saqueó un valle muy rico y poblado, llamado Valle de Carro». Correa le llama de Zarro y el anónimo cronista, que no dá el nombre, lo sitúa entre Bayona y Salvierra, afirmando que tenía tratos —el valle— con los destronados reyes.

(49) No conviene, sin embargo, desambientarse de los tiempos que corrían para juzgar la conducta de Villalba. El mismo Campión disculpa tales tropelías, afirmando que «la entrada de tropas en un país, aunque fuesen a título de aliados y amigos, traía consigo calamidades sin cuento». Algo de Historia. «Gacetilla de la Historia de Navarra», pág. 334) reconociendo que los ejércitos legitimistas navarros cometieron idénticas atrocidades en 1512 y 1521.

(50) Arigita, Mariano: «El Ilmo. y Rvdmo. Señor D. Francisco de Navarra», Pamplona, 1889, pág. 56.

(51) No tuvo Villalba el tacto con que en parecidas circunstancias sofocó un tumulto el Gran Capitán, diciendo al soldado que le amenazaba con la pica al pecho: «Aparta, por ventura no me hieras». Eran frecuentes los tumultos de la soldadesca. Los amotinados de S. Juan tuvieron mal fin. Presentáronse con sus quejas al Rey Fernando y éste los envió de nuevo a Roncal donde quedaron al mando del Capitán Valdés, presidiendo la plaza de Burgui. Furiosamente atacados durante la ofensiva legitimista sufrieron muchas bajas y, muerto su Capitán, tuvieron que entregarse a la merced de los navarros.

(52) Rodríguez Moñino: Op., cit.

(53) Cronista anónimo: «Hazañas...». Citado por R. Moñino.

(54) Correa: Op., cit., pág. 219.

(55) Ibidem.

(56) Probablemente no existía entonces el bosquecillo actual que hubiera favorecido al aproximamiento a la muralla. Esta corría desde la puerta de S. Lorenzo, al final de la calle Mayor, hasta casa del Marqués de Versolla y desde aquí, hasta el castillo, sito en el emplazamiento de la Diputación y antigua plaza de toros, pasando por el final de la calle de S. Gregorio.

(57) Boissonade, P.: «Histoire de la réunion de la Navarre a la Castille». París. 1893., pág. 397.

(58) Campión: «Navarra en su vida histórica», pág. 455. Los cañones fueron llevados al castillo de Pamplona, donde se conservaban todavía cien años después. André Favyn, «Histoire de Navarre». París, 1612, pág. 691.

(59) Fr. Alonso Fernández. Op. cit.

(60) Cronista anónimo: «Hazañas...».

(61) Flechier, Esprit: «Histoire du Cardinal Ximenes», París, Jean Anisson, 1693.

(62) Boissonade: Op., cit., pág. 455.

(63) Así lo calificaba D. Alonso de Aragón en carta de 2 de abril de 1516 publicada por Dormer «Anales de Aragón» Zaragoza, 1697, libro I, cap. IX, pág. 56 «Es mancebo y no tiene experiencia de gobernar».

(64) Conde de Rodezno: Op., cit., pág. 14. A continuación hace notar que «ni los halagos, ni las penalidades redujeron su indomable altivez al reconocimiento del colosal poder de Carlos V». Tal fué el llamado dos veces traidor.

(65) Alesón: Op., cit., pág. 324.

(66) Pedro Mártir de Anglería: «Opus Epistolarum», Amsterdam, 1670. Epístola DLXX. Otros le llaman Antonio de Espinosa.

(67) Así le llaman los cronistas. En realidad, vizconde de Baiguer o Baigorri, feudo de la Baja Navarra vinculado a la familia de Echauz. Argamasilla de la Cerda, Joaquín. «Noliliario y Armería General de Navarra». Madrid 1899, págs. 107.

(68) «Tenía pensado el Marichal de se yr a meter en Sangüesa e Lumbierre para hazerse allí fuerte». Carta del Lic. Galindo al Regente Cisneros. Archivo de Simancas, Sección Patronato Real, leg. 13. p. p. Miguel de Orreaga «¡Amayur...!» Pamplona 1923.

(69) Fr. Alonso Fernández: Op., cit.

(70) Ibidem.

(71) Ibidem.

(72) Todos sus proyectos y plan de campaña vienen exactamente reflejados en un curioso documento que se conserva en Simancas. «Los dichos y deposiciones del Marichal y de los otros caballeros que están presos». Secc. Capitulaciones con Navarra, leg. 2, fol. 604 y siguientes.

(73) Gárriz, Julián: «La Villa de Garde en el Valle de Roncal», Pamplona, 1923, p. 25.

(74) «Procuró de passar un puerto y hallólo cerrado de nieve, y assí por esto como por cobrar cierta gente que había enviado a cercar el castillo de Burgui, hubo de volver al valle de Roncal» «Los dichos y deposiciones...».

(75) Boissonade: Op., cit., pág. 462.

(76) Gárriz. Op., cit. Rodríguez Moñino hace una descripción de la táctica adoptada por ambos contendientes, que difícilmente responde a la realidad. Según esa versión, el Mariscal desplegó sus tropas delante del pueblo en tres escalones cubriendo el puente de Nuria (?) y los dos vados inmediatos. Villalba no atacó de frente, sino que, realizando diversiones a los flancos, cayó sobre él en ataque concéntrico, completado por la acción de la caballería que «por un avance rapidísimo» sorprendió a la retaguardia. Estas concepciones estratégicas no pudieron tener lugar en tan corto espacio de «lo más angosto de estas montañas» y la caballería, que dudamos hubiera seguido a Villalba, no tendría campo para maniobrar.

(77) Boissonade. Op., cit., pág. 463.

(78) Garibay y Zamalloa, Esteban de «Compendio Historial de las Crónicas, y universal Historia de todos los Reinos de España». Amberes 1575, t. III, libro 30, pág. 590.

(79) Rodríguez Moñino afirma que «benignamente, le recibió y trató humanamente (al Mariscal)». Los autores navarros afirman todo lo contrario.

(80) Vide, nota 8.

(81) Campión: «Algo de Historia» vol. III, «Euskariana quinta serie». «La muerte del Mariscal D. Pedro de Navarra», pág. 91.

(82) Fr. Alonso Fernández. Op., cit.

(83) Boissonade. Op., cit., pág. 463.

(84) Flechier, Esprit. Op., cit., pág. 426.

(85) Augusto Galland: «Memoires pour l'Histoire de Navarra et de Flandre, contenant le droit de Roy au Royaume de Navarre», París, 1648. Libro I pág. 112 cita un apéndice al testamento del Emperador. Refiriéndose a su sucesor aconseja: «en lo que toca al reino de Navarra haya de mirar y con diligencia examinar y averiguar sinceramente si de justicia y razón será obligado a restituir el dicho reino o en otra manera satisfacer o compensar a persona alguna. Y lo que así fuese hallado, determinado y declarado por justicia, se cumpla con efecto, por manera que mi ánima y conciencia sea descargada».

(86) Boissonade. Op., cit., pág. 463.

(87) André Favyn. Op., cit., dice textualmente «Au bruit de l'armee Française, le Cclonel Villalue avoit donné adviz au Cardinal que dificilment pourroit on retenir ce Royaume de Nauarre, les habitants duquel il voloit coniuurer le retour de leurs Roys, et qu'en asseurenace ils estoient preparez a vne generale revolte. Que pour divertir tel malheur il estoit expediente de razer les chasteaux, desmanteler les villes...» pág. 700.

(88) Boissonade. Op. cit.

(89) El Regente ordenó el desmantelamiento de todas las fortalezas, salvo las de Pamplona, S. Juan, Maya y el Peñón. Afirmaba que de esta manera, «el reyno puede estar soiudgado y sugeto y ninguno en aquel reyno tendrá atrevimiento ni osadía para se relevar». Pascual Gayangos y Vicente de La Fuente. «Cartas del Cardenal Cisneros a D. Diego López de Ayala», Madrid, 1867, pág. 108.

(90) El castillo de Tudela fué demolido en etapas, concluyendo su ruina en una época más avanzada. Sáinz y P. de Laborda, Mariano: «Apuntes Tudelanos». Tudela, 1913, t. I, pág. 198.

(91) Esta fortaleza había sufrido mucho a consecuencia de las guerras civiles, «quedando de sus resultados destruido en su mayor parte su formidable castillo». José Nadal de Gurrea. «Glorias Navarra», Pamplona, 1866, pág. 181. Refiriéndose a Estella afirma que «no sufrió otro daño que la destrucción de su fortaleza», página 268.

(92) P. Eduardo Gancedo: «Recuerdos de Viana o apuntes históricos de esta muy noble y muy leal ciudad del Reino de Navarra», Pamplona, 1933. Viana fue segregada de Navarra e incorporada a Castilla por el Cardenal, reintegrándose a su reino por Carlos I en 1523, pág. 62.

(93) Datos facilitados por D. Ignacio Baleztena y tomados del archivo de los Marqueses de Góngora. Otras fortalezas fueron también destruidas o rebajadas por la época, aunque no se tenga seguridad de haberlo sido por Villalba. Una de las torres del Palacio de Echalaz, la de S. Nicolás de Pamplona y el Castillo de Javier, este algo posterior. Campión; «La familia de S. Francisco Xabier». Pamplona 1922.

(94) Albizu, Juan: «Apuntes históricos de la Ciudad de Olite». Pamplona, 1916. «Fué derruido el convento de S. Francisco de Olite, como, lo fueron casi todas las plazas fuertes de Navarra», (pág. 14). Conviene hacer constar que tales devastaciones preventivas han tenido lugar en toda época. Durante la Guerra de la Independencia, y por causas no muy justificativas, Mina voló, quemó y destruyó un sinnúmero de construcciones artísticas. Solamente en Tudela destruyó dos de los antiquísimos torreones del puente, que sirvieron de fundamento al escudo de la ciudad, el puente mismo, las ermitas de Santa Quiteria y Santa Engracia, la torre Monreal y el chapitel de la capilla de Sta. Ana (Catedral) con el pretexto de necesitar el plomo que lo cubría para fundir balas. Destruyó también los magníficos palacios de Tafalla y Olite. Mariano Sáinz. Op., cit.

(95) Boissonade. Op., cit. «Se atribuyó su súbita muerte, ocurrida poco después, a la venganza divina. Acababa de destruir una capilla venerada entre todas: Dios castigó este sacrilegio», pág. 466. Probablemente se refiere al convento de San Francisco de Olite, a quien —según el P. Alesón— «por ser fuerte de situación y de fábrica, no le valió sagrado ni se tuvo respeto a su ancianidad y a la piedad con que era frecuentado y reverenciado de los fieles como uno de los santuarios más insignes de Navarra».

(96) Carta de Villalba al Cardenal. Copia en el Archivo de Simancas, Sección de Estado., Navarra. Leg. 344, fol. 20.

(97) Boissonade. Op., cit., pág. 456.

(98) Alesón. Op., cit., pág. 325.

(99) Archivo de Simancas. Secretaría de Estado. Leg. 18, fol. 20, carta do 18 Ae marzo de 1516.

(100) Fr. P. Fabo. Op., cit., pág. 77.

(101) Boissonade. Op., cit., pág. 465.

(102) Sin embargo, es cierto que los navarros conservaron hasta muy adelante un sentimiento arraigado de inclinación hacia la legitimidad, sentimiento que per-

dura hasta que, por la entronización en España de la Casa de Borbón, vienen a reinar también en Navarra los descendientes de sus reyes privativos. Así lo hace observar el Conde de Rodezno. Op., cit., pág. 50, achacando a esa tendencia la adhesión unánime de los navarros a Felipe V durante la Guerra de Sucesión, y citando la frase de Góngora de Torreblanca en su «Historia apologética de Navarra» de que «todos los navarros llevan la flor de lis en el corazón». A este respecto es muy interesante el relato de un viajero holandés que pasó por Pamplona siglo y medio después de la conquista. Von Aersen Sommerdyk, «Voyage d'Espagne curieux, historique et politique. Fait en l'année 1655», París, chez Charles de Sercy., refiere que hablando con el Virrey de Navarra, Marqués de Villena, le dijo éste: «El Rey de España no saca como renta gran provecho de Navarra... No recibe otras ventajas que las de seguridad y extensión de la frontera hasta los Pirineos, que son la verdadera y natural barrera que Dios ha puesto entre la Francia y la España. Sin embargo, si los impuestos se establecieran como en Castilla, podría sacar algo más. Pero los privilegios que los navarros se han reservado y la consideración de que si se revelaran podrían volver a la dominación de su príncipe legítimo PARA EL CUAL GUARDAN TODAVIA ALGUNA INCLINACION, hacen que no ose cargarles subsidios». A pesar de la incorporación se mantuvieron todas las características particulares del Reino, incluso la escisión en dos bandos, que tanto le había perjudicado. José Goñi Gaztambide, op. cit., transcribe párrafos del «Proceso de visita» del Obispo de Calahorra Quiñones, a la diócesis de Pamplona y por él sabemos que, en 1575, y en materia tan poco relacionada con el gobierno como la elección de canónigos, perduraban los dos partidos en pugna, puesto que se elegían por igual tanto agrarromonteses como beamonteses, «que es cosa de mal ejemplo», (pág. 240).

(103) Hermilio de Olóriz: «Ecos de mi Patria», recoge y versifica esa leyenda que Navarro Villoslada publicó en prosa en el «Semanao Pintoresco».

(104) *Ibidem*.

(105) Alesón. Op., cit., pág. 328. La Crónica manuscrita del Gran Capitán, pág. 467 afirma también que «Villalba murió en el acto venéreo».

(106) «La crehencia que truxo el Maestro Miranda de parte del condestable de Navarra» Archivo de Sinmancas, Sección de Estado: Navarra, leg. 58, fol. 28. Conocido este documento por Boissonade y Campión, lo publicó Miguel de Orreaga en el Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra, 1923, 1.º trim., pág. 116.

(107) Curioso que el Condestable se atreva a hacer tal afirmación no exenta de cinismo.

(108) «La crehencia que truxo...».

(109) Bartolomé Leonardo de Argensola: «Anales de Aragón» L. I., pág. 164. Zaragoza, 1630. También Favyn dá esta versión, pág. 701.

(110) Gayangos y Lafuente. Op., cit. «Los envenenamientos eran muy frecuentes en aquella época, y la raza del Condestable, desde el siglo anterior, reparaba poco en los medios para deshacerse de sus enemigos».

(111) *Ibidem*.

(112) Minuta de carta conservada en Sinmancas. Citada por Miguel de Orreaga: Op. cit. pág. 137. Rodríguez Moñino achaca la negativa a las especulaciones del señor de Chievres y los nobles flamencos con los cargos públicos.

(113) Fr. Alonso Fernández. Op., cit.

(114) Rodríguez Moñino. Op., cit.

(115) La primera cuarteta ofrece notable paralelismo con el epitafio de César Borgia en Viana.

«Aquí yace en poca tierra
El que toda le temía:
El que la paz y la guerra
En su mano la tenía».

El Coronel y César, antiguos amigos en Roma, fueron a morir ambos a Navarra y de manera violenta.

(116) Fr. Alonso Fernández. Op., cit.

(117) Alejandro Matías. «Las Siete Centurias de la Ciudad de Alfonso VIII, Recuerdos históricos de la M. N., M. L. y M. B. Ciudad de Plasencia», Plasencia, 1930.

(118) Poco después de su muerte se produjo el célebre «saco de Roma», índice de las costumbres de la soldadesca de su tiempo. De un poemita anónimo, aparecido entonces con el título de «Triunfo Púgnico lamentable», copiamos los siguientes versos:

«Assí como lobos entre los corderos
después que los perros son muertos del todo
andauan en rhoma con vn cruel modo
tudesco e hispanos sangrientos muy fieros.
Los vnos e otros con sed de dineros
allí se matauan con mucha crueldad,
allí lamentándose el frayle y abad
de libres y esentos los ví prisioneros.
allí cardenales y dotos perlados
fueron metidos en graue prision.
después de tomados dineros y ropa
las donas pasaron sus males en popa
a las discreciones de nobles soldados.

Sería demasiado fuerte enumerar los suplicios que relata Pastor en su Historia de los Papas, (t. IX, pág. 323).

(119) Correa. Op., cit., pág. 181. Por si pudiera haber alguna duda sobre la tendencia del cronista, recordaremos que Campión afirma que «su obra en documento de subido precio. Ciertos pasajes suyos deben ser recordados».

NOTAS ADICIONALES

La mayoría de las viñetas que acompañan al texto son grabados de Alberto Dürero, tomadas de la obra «DÜRER.—Des Meisters Gemalde Kupferstiche und Holzschnitte» Dustsche verlags. Anstalt. Stuttgart, Berlín und Leipzig, s. a. El grabado de PAMPILONA está sacado del frontispicio de la «Historie de la Navarre» de André Favyn.

En el mapa y croquis se incluye la baja de Navarra, sexta Merindad, de Ultra-puertos o S. Juan, que, hasta que el Emperador renunció a su posesión, pertenecía a Navarra. Estaba compuesta de los siguientes territorios; S. Juan del Pié del Puerto, Baygorri, Osés, Ostavares, Yoldi y Armendáriz o Tierra de Mixa y Tierra de Arbe-roa. Martín de Vizcay: «Drecho de naturaleza que los naturales de la Merindad de S. Juan del Pié del Puerto tienen en los Reynos de la Corona de Castilla». Zaragoza 1621. Galland, op. cit., dá una relación de las casas nobles de dicha merindad que ascendían al número de ciento tres.